

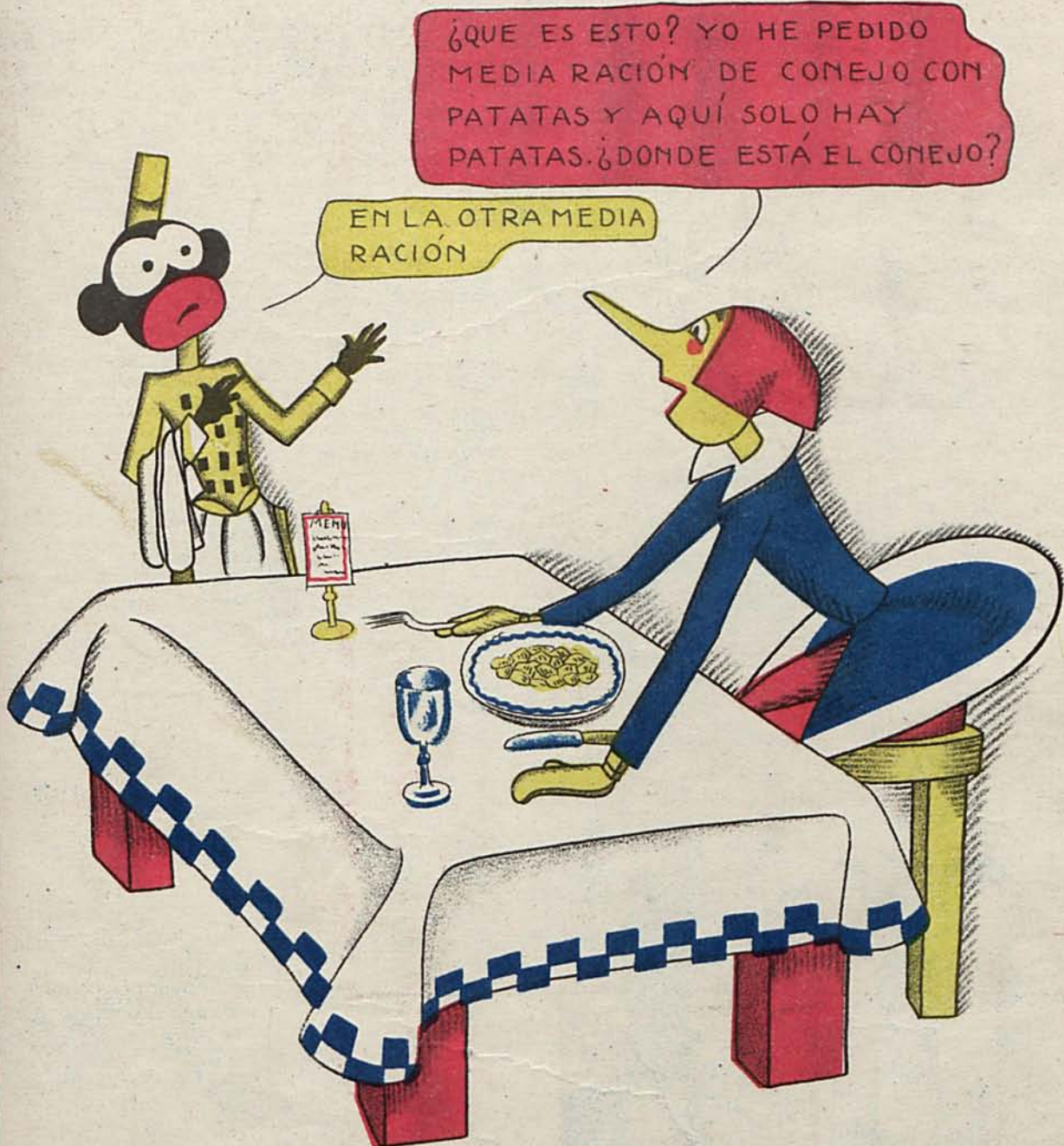
PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM. 85

40 Cents.

3 OCTUBRE
1926

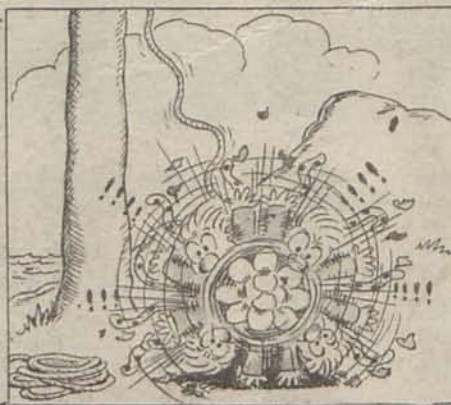
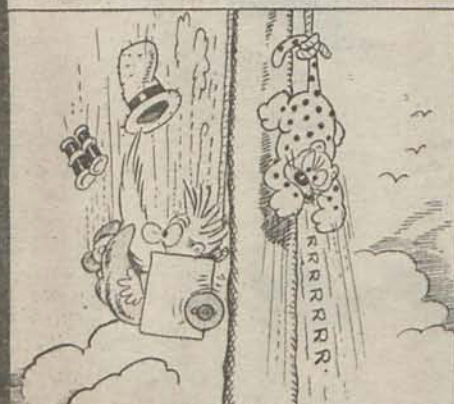


PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA AÑO 2º PESETAS SEMESTRE 10 PESETAS. TRIMESTRE 5 PESETAS. OTROS PAISES AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton

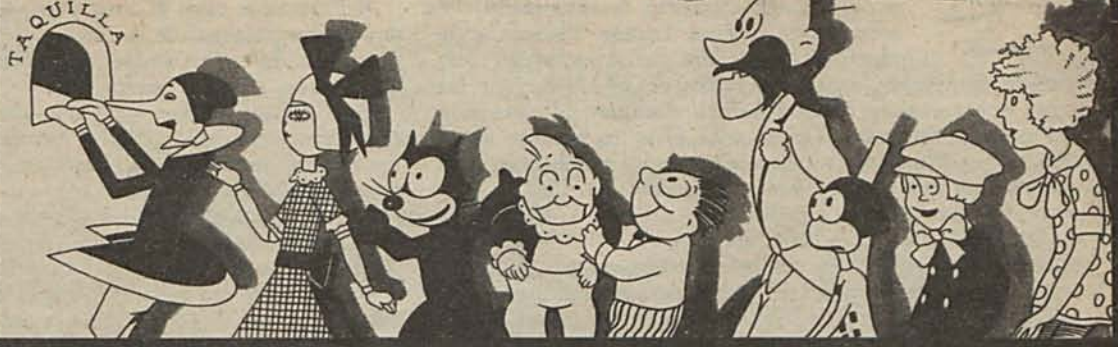


**PROGRAMA
PARA HOY**

**EL
TESORO
DEL
DESERTO**

Sensacional

GRAN CINE



Por la arenosa calle que conducía al típico barrio de los indígenas en Alejandría iban andando Harry Martin y Peter Dane, llamando la atención por sus uniformes azules con botones dorados.

Cruzábanse con árabes, envueltos en sus blancas túnicas; con hebreos, vestidos de colores llamativos, y esclavos de color bronceado. Todos ellos afanados en sus negocios, vendiendo sus mercancías del mismo modo que lo hacían sus antepasados desde muchas generaciones atrás. Allí el moderno progreso no había hecho aún su aparición.

El estrépito de los automóviles se limitaba al barrio de los europeos, dejando que el resto de la población anduviesen a pie con su acostumbrada lentitud y pereza o cabalgasen en jumentos, no mucho más rápidos que los que iban a pie.

Y precisamente así era como Harry y Peter se imaginaban esta población de las mil y una noches. Era el primer viaje que hacían como guardias marinas en un barco que acababa de llegar a aquel puerto, y estaban libres unas horas mientras descargaban un cargamento de algodón.

Una voz gruesa que hablaba el inglés bastante mal les sacó de su contemplación.

—¿Desearían los señores ver el tesoro de la torre de Warindi?

Harry se volvió a ver quién les dirigía la palabra, y vió a su lado a un árabe alto y anciano, vestido de blanco y con luegas y nevadas barbas. No dejó de extrañarles la voz juvenil, impropia, de aquel viejo venerable.

—¿Y dónde está esa torre?

—Para llegar a ella hay que caminar dos horas por el desierto. Si desean un guía, yo podría servirles; tengo algunos camellos muy buenos y muy nobles, entre los que pueden escoger dos para ustedes.

Harry consultó con la mirada a su compañero. Este interrogó:

—¿Pero existe realmente ese tesoro en ella?

—Así es, hijos míos. Durante muchos años esa torre fué habitada por ladrones del desierto, que ocultaban en ella sus riquezas. Muchos son los que han buscado ese tesoro, sin que nadie haya podido aún encontrarlo. Debo advertirles que el ir a la torre tiene sus dificultades y peligros; se lo advierto por si los señores prefieren hacer otra excursión menos aventurada.

El viejo esperó. Les había dado en el punto vulnerable y los tenía cogidos.

—Los peligros no nos arredran —se apresuró a decir Peter—; como nada tenemos que hacer, podríamos ir a visitar esa torre. ¿No te parece Harry?

—Por mí ya estamos andando; lo del tesoro probablemente será una fábula; pero, mira, no deja de ser interesante esa leyenda.

—Pues bien, buen hombre, tráiganos usted ese portento de camellos y díganos cuánto nos va a llevar por el viaje.

El ajuste no fué largo; el viejo les pidió un precio razonable, y pocos minutos después los dos guardias marinas montaron sobre aquellos nobles animales, que, según el viejo, eran muy hermosos, pero que, según ellos, eran sumamente feos, pero afortunadamente resultaron mansos y cómodos, con lo cual la hermosura o la fealdad era lo de menos.

Emprendieron el camino conducidos por el árabe, yendo durante un gran rato por las orillas de un cenagoso río; más tarde se internaron por el desierto, sin ver en todas direcciones más que las doradas y ardientes arenas. El calor asfixiaba; pero el entusiasmo no les dejaba parar mientes en esto. Las dos leguas no se terminaban nunca. Después de caminar dos horas, aún no veía aparecer la torre del tesoro, y aún pasó otra hora antes de que la divisara, irguiéndose en medio del arenoso desierto; algunos minutos después deteníanse los camellos ante la puerta, doblando las rodillas en el suelo. Los muchachos se apearon con mucho gusto para poder estirar las piernas, que ya tenían entumecidas.

Mientras tanto, el guía sacó una llave descomunal, que introdujo en la cerradura. Un extraño presentimiento de temor asaltó a los dos amigos. Si la torre estaba abierta para el público, ¿por qué tenía aquel viejo la llave de la puerta?

—No me gusta nada esto —murmuró Harry al oído de su compañero—; estemos alerta, no nos vayan a tender una celada.

Pero dentro de la torre no había nada que pudiera causarles ninguna alarma; reinaba la más completa oscuridad, y en el desierto el silencio era absoluto. Delante de ellos caminaba el guía como un fantasma con su túnica blanca. A poco se detuvo delante de una puertecilla de roble.

—¿Es aquí donde se supone que está el tesoro?

—preguntó Harry ansiosamente.

—Aquí es.

Y el viejo empujó la puerta de roble, mostrándoles lo que se escondía en aquella estancia. Veíase allí

la más extraña y valiosa colección de joyas y objetos preciosos que nadie soñara. Talegas repletas de oro y plata; arcones llenos de rica seda y magníficos tapices; cofres conteniendo preciadas joyas; piedras preciosas de todos colores y tamaños tiradas por el suelo, así como mil otros objetos de valor artísticos. Una cosa les llamó grandemente la atención, y era que a un lado había un montón de trajes nuevos y muy vistosos, pero que se notaba que estaban puestos allí recientemente. Los temores de antes volvieron a asaltar a los dos muchachos, y al ir a preguntar a su guía cómo se encontraba allí aquello, vieron que, en lugar del guía, los rodeaban unos cuantos fantasmas (que tal parecían con sus túnicas blancas), pero cuyos rostros bronceados tenían más aspecto de bandidos que de otra cosa. Los árabes permanecieron tan quietos y silenciosos como estatuas, y los muchachos no sabían qué partido tomar. Sin embargo, ambos hicieron un ademán instintivo de ir hacia la puerta. Pero los árabes se lo impidieron, y entablóse una desesperada lucha entre unos y otros, en la que debido a la desigualdad del número los guardias marinas encontráronse maniatados y sujetos con cuerdas a unas argollas que había en la pared.

Entonces hizo su aparición una nueva figura: el guía, que,

Los mejores Pinochistas son mis suscritores. Los mejores suscritores son los que conservan todos los números cuidadosamente y los encuadernan a fin de año con las magníficas tapas que he mandado hacer especialmente.

PINOCHO



aunque completamente transformado, le reconocieron. Las barbas blancas y la abundante cabellera de nieve habían desaparecido; la espalda, antes encorvada, era ahora recta, y las arrugas que surcaban su cara habían desaparecido también como por arte de magia. Tenían ante ellos un hombre autoritario de poco más de treinta años, que les miraba con ojos penetrantes, y que con la misma voz gruesa con que se dirigiera a ellos por primera vez, les dijo:

—¿Qué tal; os gusta la torre del tesoro?

Harry, sin hacer caso de sus palabras, preguntó:

—¿Qué derecho tiene usted para hacernos prisioneros?

—Ahora se lo explicaré. Soy, como veis, un pobre —dijo mirando con una sonrisa todas aquellas joyas—, y con vuestra captura quizá haga un pequeño negocio. El capitán de vuestro barco es natural que pague algo por recuperaros, y si no quisiera hacerlo..., sois jóvenes y fuertes y podéis alcanzar un buen precio en el mercado de esclavos, sin que nadie pregunte nada acerca de vuestra procedencia.

Los muchachos se estremecieron. ¡Ser vendidos como esclavos!

Pero como sabían que nada sacarían en limpio con alegar razones, ambos guardaron silencio.

Pasados unos minutos, el guía, que debía ser el jefe de los bandidos, les dijo:

—Bueno; mis hombres y yo nos vamos porque tenemos que hacer. Vosotros os quedáis aquí y es inútil que intentéis escapar, porque sería tiempo perdido. Aunque lograrais romper las cuerdas, para ir a la ciudad tendríais que caminar sesenta kilómetros por el desierto, y ya comprenderéis que esa jornada es imposible de hacer sin camellos o caballos. Además, he de volver antes del oscurecer. Adiós.

Y salió seguido de sus hombres, cerrando la puerta de un portazo; pero sin dar vuelta a la llave. El jefe de los bandidos sabía que el desierto interminable guardaría a sus prisioneros mejor que ningún cerrojo o llave.

—¡Vaya una despedida! —dijo Harry despreciativamente cuando dejaron de oírse las pisadas de los bandidos—. Ahora supongo que se irán por ahí a robar a alguna cabaña o lo que encuentren a mano.

—Seguramente. Supongo, Harry, que el capitán dará por nuestro rescate lo que le exijan, y nuestros padres se lo devolverán en cuanto se enteren de esto.

—¡Tal vez! —convino Harry. Y los dos quedaron tan pensativos que durante media hora nada volvieron a decirse. ¡Veíanse tan indefensos atados de pies y manos! Además, el calor dentro de aquella estancia era tan asfixiante que se ahogaban, y gruesas gotas de sudor rodaban por sus mejillas.

—¡Cáspita! ¿No has oído? Parece que se acerca una tormenta, cosa que no me extrañaría, porque este calor tan grande no es natural.

—Yo sudo como si estuviese en un horno.

La tormenta empezaba, efectivamente, a oírse a lo lejos, acercándose gradualmente cada vez con más violencia. Oíase el bramido del viento. El trueno, mucho más fuerte que los anteriores, pareció rasgar el firmamento. Los dos guardias marinas estaban atemorizados, y una fuerza misteriosa los lanzó desde un extremo a otro de la habitación, quedando tendidos sobre un montón de ropas de seda allí acumuladas. Cuando medio aturridos y magullados pudieron levantarse, diéronse cuenta de que estaban sueltos de las ataduras. La fuerza del golpe había roto las cuerdas que los sujetaban a la pared, y en ésta se veía una hendidura.

—¡Esto ha sido un rayo, Harry! ¡Un rayo atraído, sin duda, por estas anillas de hierro! ¡Estamos libres!

—No te entusiasmes antes de tiempo, Peter. Nuestra libertad es como la de los canarios dentro de la jaula. ¿Cómo vamos a cruzar el desierto?

A Peter se le cayó el alma a los pies al comprender la verdad de las palabras de su amigo.

—Pero, de todos modos, podemos salir de este horno, que no es poco. Abre la puerta.

Pero fueron inútiles sus esfuerzos, porque algo, detrás de ella, les oponía resistencia. A través de la rendija pudieron ver un gran montón de piedras que, por mucho que empujasen, jamás podrían mover.

—Vamos a probar por el agujero de la pared —sugirió Peter—; es bastante grande para que podamos pasar por él.

Efectivamente, salieron por aquella abertura y vieron que la tormenta se iba alejando. Por el desierto el aire levantaba nubes de arena, y en la lejanía la claridad de los relámpagos aún se veía, iluminando el firmamento.

Pero los muchachos tenían el tiempo muy tasado para detenerse a contemplar la tormenta.

—Podíamos subir al alto de la torre y escrutar desde allí el desierto, a ver si viene alguien —dijo Harry.

Con bastante trabajo preparon por las viejas paredes de la torre, hasta que se vieron arriba. La torre estaba coronada

por una plataforma de piedra, con ruinas de lo que parecía haber sido en otro tiempo un torreón. Ocultos entre aquel montón de piedras otearon el desierto, y lo que desde allí contemplaban les hizo latir con fuerza el corazón, pues galopando hacia la torre venían los ladrones montados en blancos caballos árabes y cargados con el botín de un robo.

Al verlos, una idea germinó en el cerebro de Harry. Como la puerta de la cámara del tesoro es-

taba bloqueada, entrarían, seguramente, por la grieta de la pared. Suponiendo que así lo hiciesen, podrían ellos, una vez que los ladrones estuvieran dentro, impedirles la salida arrojando desde arriba piedras gruesas que tapasen la hendidura. Harry comunicó esta idea a su compañero y los dos acecharon mientras los bandidos entraban.

Como la grieta era muy estrecha, fueron pasando uno a uno, quedando estupefactos al ver que los muchachos habían desaparecido. Pero todavía les faltaba la sorpresa mayor de aquel día. En el momento en que terminó de pasar el último, Harry dió la señal, y los guardias marinas, cuyo único pensamiento era salvar sus vidas, tan seriamente comprometidas, sacaron fuerzas de flaqueza, arrastraron dos de aquellas enormes piedras y las dejaron caer con gran estrépito delante del agujero de la pared, tapándolo por completo, y aun después de tapado dejaron caer otras cuantas más para prevenirse bien contra ellos. En seguida descendieron de su escondite y oyeron a los bandidos reñir y discutir acaloradamente.

Pero no había tiempo que perder, pues si los árabes lograban salir de allí y los cogían, no tenían salvación, y antes de que esto ocurriese había que poner tierra de por medio.

Montaron en los caballos mejores de entre los que estaban junto a la puerta, y llevando a los otros del diestro, marcharon galopando por el desierto..., ¡libres al fin!

Como tenían una ligera idea del sitio por donde habían ido, llevaron a los caballos por donde les pareció ser el camino de la ciudad.

Mientras galopaban alegremente, decía Harry a su compañero:

—Merecíamos una buena recompensa por dar a las autoridades ocasión de coger a esos bandidos y de proporcionarles los tesoros, producto del robo, que tienen en su poder.

Y Harry tenía razón. En cuanto llegaron a Alejandría fueron a dar parte y en seguida salió una patrulla de policías en busca de los prisioneros. Los guardias marinas recibieron una buena recompensa por haber capturado a los ladrones y sus robos, y nunca olvidaron la excursión tan accidentada a la torre del tesoro de Warindi.

¡¡HA TERMINADO!!





(Conclusión.)

—Doctor —dijo Vicente con angustia—, la luz se nos acaba. ¿No tenéis nada que podamos encender?

—No tengo más que cerillas.

—Esas durarán únicamente algunos minutos.

—Es muy poco.

—¡Ah! Ya tengo una idea salvadora. Prender fuego a la balsa, doctor. Las tablas están embreadas y, aunque mojadas, arderán bien.

—¿Y después?

—Nuestros compañeros tienen el otro trozo.

—Pero no sé si bastará para sostenernos a todos.

—¿No creéis que la desembocadura del canal debe estar cerca?

—Lo supongo.

—Pues nos agarraremos a las tablas y nadaremos con ellas. Con un pequeño sostén podremos estar nadando lo menos doce horas.

—¿Y si la abertura estuviese lejos?

—No sigáis, doctor; no destruyáis esta última esperanza.

—Bueno, pues empleemos la balsa —dijo el doctor con acento resuelto—. Sin luz no podríamos trabajar y tal vez causaríamos algún hundimiento.

Vicente bajó del montón de escombros, cortó las cuerdas y retiró las tablas del agua, escurriéndolas antes. Como estaban bien cubiertas de alquitrán, debían arder bastante bien a pesar de haber estado mucho tiempo sumergidas en el agua.

Las cortó en pedazos y los fué colocando sobre una piedra plana. Con el trozo de cuerda alquitranada que quedaba les prendió fuego.

El doctor miró hacia qué lado se dirigía el humo.

—Hacia Levante —murmuró—. Buena señal.

—¿Por qué decís eso, señor Bandi? —preguntó Vicente.

—Porque eso indica que una corriente de aire viene del Poniente.

—¿Aire marino?

—Sí, Vicente.

—Entonces no estamos muy lejos de la desembocadura del canal.

—Eso creo.

—¡Ah!, esa esperanza me ensancha el corazón. ¡Que arda la balsa! La de Miguel nos servirá.

Se pusieron a trabajar con entusiasmo, haciendo rodar las rocas del canal; pero quitaban unas y quedaban otras bajo ellas, tan pesadas que les hacían sudar.

Las voces de Miguel y Roberto se hacían, sin embargo, cada vez más claras. Eran un buen indicio, pues eso era señal de que el espesor del hundimiento iba disminuyendo.

Llevaban ya más de cuatro horas trabajando, cuando oyeron a Miguel que gritaba:

—¡Veo un rayo de luz que se refleja sobre la bóveda!

—¡Sí, sí —confirmó Roberto—. ¡Señor Bandi, ya vemos su luz!

—¡Y yo veo un agujero de más de dos palmos de ancho! —dijo Vicente.

—Ensanchémoslo en seguida —dijo el doctor.

Dos rocas fueron arrancadas inmediatamente y echadas lejos; después otras dos. De pronto apareció perforada la pared del canal por un agujero irregular, que debía de ser el término del pasadizo.

Vicente cogió un tizón encendido y lo asomó al través de la abertura, diciendo:

—¿Lo veis?

—¡Sí, sí! —gritaron alegremente Roberto y Miguel—. ¡Estamos salvados!

—Si Dios nos ha protegido hasta el presente, no nos abandonará —dijo el señor Bandi—. ¡Ea, muchachos, no desesperar!

Ya tendrían adelantada cerca de una milla, cuando Miguel lanzó un grito imposible de traducirse:

—¡Doctor, doctor!

—¿Qué ocurre?... —preguntaron el señor Bandi y Vicente, con ansiedad, temiendo que algún nuevo peligro les amenazara.

—¿No veis nada? ¡Mirad, allá!

—¡Por cien millones de merluzas!... —exclamó el lobo de mar—. ¡Estamos junto a la desembocadura de la galería!... ¡Mirad ahí, delante de nosotros!... ¡Veo una ligera claridad!

Pronto apareció la desembocadura del canal. Se les apareció como un arco tan bajo que apenas entraba la luz. Quizá durante la pleamar estaría cubierto por completo. ¿Pero cómo se les aparecía tan pequeña en relación con la magnitud y anchura del canal?... La explicación la tuvieron en seguida.

Las bóvedas, a unos doscientos metros de la desembocadura, comenzaban a presentarse semiderruidas, y altas rocas sobresalían de la corriente. ¿Había ocurrido algún pequeño hundimiento del suelo, o bien el capitán Gottardi las había hecho volar mediante minas, después de haber metido la galera, para impedir la entrada a los demás o para hacer difícil la exploración? ¿Quién podría averiguarlo?... A medida que avanzaban los exploradores hallaban mayores obstáculos a su paso. Las rocas que se habían desprendido, hacían casi imposible la navegación.

A cincuenta metros de la desembocadura la balsa quedó destruida; las rocas y los escollos eran tan numerosos que impedían el paso.

Los cuatro nadadores, tras un breve consejo, decidieron abandonar aquellas tablas para llegar a nado con más desembarazo a la salida.

—Doctor —preguntó Vicente—, ¿dónde suponéis que desembocaremos?

—En el golfo de Spezia —contestó el señor Bandi—. ¡Sigamos avanzando, amigos míos; ya no corremos ningún peligro!

Abandonaron las tablas, y nadando y sorteando las numerosas rocas llegaron a la salida de la galería. Como estaba alta la marea, la última arcada estaba tan baja que no permitía la entrada casi ni a una canoa.

Esto explicaba cómo aquel maravilloso canal había podido huir de las miradas de las gentes durante tantos siglos. Quizá alguien lo habría visto en aquel último trecho; pero lo tomarían por un antro submarino al ver tanta roca derruida y abandonarían la idea de la exploración.

El doctor y sus compañeros llegaron a la orilla, que no estaba lejana, y treparon velozmente sobre los escollos para mirar desde allí el espléndido paisaje que les rodeaba.

A su derecha, como nidos entre rocas, aparecían Lerici y San Terenzo; a la izquierda se prolongaba, internándose en el mar azulado, la punta Maralunga.

El doctor extendió los brazos y fué abrazando uno por uno a los valerosos compañeros que le habían seguido en el peligroso viaje al través de las entrañas de la tierra italiana, y les dijo con voz conmovida:

—¡Ahora, amigos queridos y valientes, vayamos a anunciar a Italia entera nuestro maravilloso descubrimiento!

FIN DE «LOS EXPLORADORES DEL MELORIA»

En el número próximo empezaremos la publicación de la interesantísima novela de A. M. GIANELLA, titulada

EL CRUCERO SIN NOMBRE



CHAUDAR EL PESCADOR

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

—¿Acaso no es verdad —continuó diciendo el recién llegado— que tú le ataste las manos a la espalda y lo arrojaste al lago? ¿Y no te dijo: «Si ves aparecer mis manos echa la red y sácame aprisa, y si lo primero que salen son mis pies, no te ocupes de mí, porque habré muerto; toma luego mi mula y llévasela al judío Xumiad, que te dará cien dinares?» ¿Y no es verdad que lo único que apareció por encima del agua fueron sus pies, y que tú cogiste la mula y la llevaste al judío, el cual te entregó la consabida cantidad?

—¡Señor! —dijo confuso el pescador—. Si tú sabes todo esto, ¿qué necesidad tenías de preguntarme a mí nada?

—Es que deseo que hagas conmigo lo mismo que hiciste con mi hermano. Atame —le dijo dándole una cuerda de seda— las manos a la espalda y échame al lago. Si me sucede lo mismo que sucedió a mi hermano, coge también la mula y llévasela al judío, de quien recibirás otros cien dinares.

—Acércate —dijo con resolución Chaudar.

Y le ató fuertemente, le empujó, cayó al agua y desapareció en las profundidades del lago. Miró con atención durante un rato y vio al fin aparecer los pies del magrebi.

—¡Ha muerto miserablemente! —exclamó—. Si Dios quisiera que cada día viniesen en mi busca magrebies a quienes yo atara, que muriesen y que cada uno me produjera de ganancia cien dinares...

Y seguidamente cogió la mula y se marchó. Cuando el judío lo vio llegar le dijo:

—¡Ha muerto también el otro!

—¡Ojalá tú vivas largo tiempo! —le respondió Chaudar.

—¡Esta es la recompensa de los ambiciosos! —exclamó el judío.

Y tomó la mula y entregó al pescador cien dinares. Chaudar se fué derecho a su casa y puso el oro en manos de su madre, quien, extrañada, le preguntó:

—¿De dónde te viene todo esto?

Su hijo le contó lo sucedido, y ella le suplicó:

—No vuelvas, hijo mío, a ir al lago Carún; temo que te pase algo malo con estos magrebies.

—Madre mía —le contestó—, si yo los echo al agua es por su expresa voluntad. ¿Qué he de hacer? Este oficio nos proporciona cada día cien dinares y yo vuelvo pronto a casa. ¡Por Dios, que no dejaré de ir al lago Carún mientras no desaparezcan las huellas de los magrebies y hasta que no quede uno vivo!

Y, efectivamente, por tercera vez se dirigió al otro día al lago fatídico. En seguida que llegó presentóse un magrebi, montado también en una mula y con sus alforjas, ahora que con más lujo y riqueza todavía que los otros dos, y le dijo:

—¡La paz sea sobre ti, oh Chaudar, oh hijo de Omar!

El pescador le contestó al saludo, diciendo para sus adentros: «¿Cómo sabrán éstos mi nombre?»

—¿Ha pasado por aquí algún magrebi? —preguntó el caballero.

—Sí, dos —contestó resueltamente Chaudar.

—¿Por dónde se han ido?

—Los até y los arrojé al lago, y en él se ahogaron. El mismo fin te aguarda también a ti.

El magrebi le contestó sonriendo:

—¡Infeliz! Todo ser viviente tiene su destino.

Y apeándose de la mula, le dijo entregándole una cuerda de seda:

—Haz conmigo, Chaudar, lo mismo que hiciste con ellos.

—Ponte las manos a la espalda —le dijo Chaudar—, que estoy de prisa y me hace falta el tiempo.

Lo ató, lo echó después al lago, donde se sumergió. Al cabo de un rato vio aparecer la mano del magrebi y oyó las voces de éste, que decía:

—¡Echa pronto la red, desgraciado!

Con toda presteza la echó y sacó en ella al magrebi, que traía dos peces rojos como el coral, uno en cada mano.

—Abre las cajas —ordenó.

Y abrió las cajitas que traía en las alforjas; colocó en cada caja un pez y las cerró luego con todo cuidado. Abrazó a Chaudar, lo besó en ambas mejillas y le dijo:

—¡Dios te libre de toda dificultad! Si tú no me echas la red y me sacas en seguida, no hubiera podido seguir teniendo estos peces en la mano y hubiera continuado sumergido en el agua hasta que hubiera muerto sin poder salir.

—Por Dios te pido, señor peregrino —dijo humildemente Chaudar—, que me cuentes la historia de los dos ahogados, que me digas el misterio de estos dos peces y qué tiene que ver el judío en todo esto.

Y el magrebi salvado por Chaudar de las aguas empezó así:

—Has de saber, joh Chaudar!, que los dos hombres que han muerto ahogados eran mis hermanos, llamado el primero Abdessalam y el segundo Abdelhad; yo me llamo Abdessamad, y el judío, también hermano nuestro, se llama Abderrahin, y no es judío, sino musulmán, y de la secta de Málic. Nuestro padre, Abdeluodud, nos enseñó la ciencia de las cosas ocultas; bajo su dirección aprendimos a descubrir los tesoros encubiertos en el fondo de la tierra, a preparar todos los encantamientos; llegamos a dominar a los magos de los Genios y de los *Afrits*, que fueron nuestros humildes servidores.

—Murió nuestro padre, dejándonos una inmensa fortuna. Partimos sin dificultad los tesoros, las riquezas, los talismanes; pero cuando llegamos a dividirnos los libros surgió una disputa entre nosotros acerca de quién había de poseer uno titulado *Historias de los antiguos*, libro único, libro imposible de tasar en ningún precio, libro de más valor que todas las perlas, puesto que en él se daba la clave para descubrir todos los tesoros, para penetrar en todos los misterios. Nuestro padre trabajaba con él de ordinario, y nosotros habíamos llegado a aprender de memoria una pequeñísima parte de su contenido, y cada cual ansiaba su posesión para llegar a dominarlo por completo.

—Estando los hermanos en aquella disputa, se presentó en nuestra casa el venerable anciano maestro de nuestro padre, el que lo había iniciado en el arte de los encantamientos y de la magia, llamado el mago Alabtán (el mago más profundo), quien, enterado de la causa de nuestra pelea, nos ordenó:

—Dadme el libro.

—Se lo entregamos, y él nos dijo entonces:

—Vosotros sois para mí como hijos de un hijo mío y yo no puedo perjudicar a ninguno. El que quiera poseer este libro que vaya y logre abrir el tesoro de Axxamardal (el Alto) y me traiga la esfera celeste, el vaso de Kohol (alcohol) (1), el sable y el sello. El sello tiene a su servicio a un genio llamado Arraad Alqásif (el trueno desgarrador); quien lo posee está sobre el poder de los reyes o sultanes de la tierra, y en cambio puede, si lo desea, dominar al mundo, a lo largo y a lo ancho. El sable tiene tanto poder, que si su dueño lo levanta en alto frente a un ejército entero, con

(1) Kohol: Galena o sulfuro de plomo, que se aplica a los ojos por medio de un punzón de plata para darles más brillo. Hay Kohol rojo, amarillo y de varias clases más, en cuya composición entran algunas otras materias.

(Continuará en el número próximo.)

Para ser suscriptor a PINOCHO sólo hace falta escribir a la administración enviando el importe de un año (20 pesetas), o de un semestre (10 pesetas), o de un trimestre (5 pesetas).

LA PRINCESA ORGULLOSA

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Hubo hace tiempo un rey en Inglaterra y tenía una hija tan hermosa, que, según de público se oía, era la princesa más bella y gentil de todas las princesas del mundo. Adolecía, no obstante, del defecto de tener un orgullo desmedido. Sus galanteadores eran, como es natural, infinitos, pero sin que ninguno alcanzase jamás una mirada, ni una palabra de afecto, ni una correspondencia de simpatía de la princesa. Al defecto dicho unía también el de ser excesivamente parlanchina. No sólo se negaba a recibir y escuchar a sus adoradores, sino que les dirigía frases desdeñosas y punzantes, hasta el punto de que si alguno llegaba a levantar sus ojos hacia ella, les propinaba motes molestos, insolentes y del peor gusto.

En aquel tiempo florecía en Dinamarca un príncipe joven y apuesto, que, enamorado de la singular belleza de la princesa altiva, le escribió rendido declarándole su amor y su entusiasmo.

Le contestó, como única respuesta, que antes que casarse con un príncipe pordiosero prefería estar hilando toda su vida.

Mas el príncipe danés, herido en su amor propio, y a impulsos de la admiración que sentía por la princesa, le escribió de nuevo y envióle seis alazanes magníficos y blancos como la nieve, provistos de arreos inmejorables y con herraduras de oro y mantas y monturas de escarlata. Estos caballos llamaron la atención de todo el mundo en Inglaterra; y vistas esplendidez y magnificencia tantas, el mismo rey aconsejó a su hija admitiese al príncipe por su prometido, insinuándole que vería con agrado ese matrimonio. Pero la princesa, altiva y orgullosa siempre, dió órdenes severas para que cortaran las crines y colas a los caballos, fuesen manchados de lodo y devueltos en semejante estado a los mensajeros del príncipe, con la contestación osada de que preferiría vender cacharros por las calles antes que otorgar su mano al príncipe danés, a quien tenía, dijo, por un petulante presumido.

Cuando los mensajeros regresaron con respuesta tan humillante, el rey, ofendido justamente, pretendió vengar la ofensa que al príncipe se le hacía, y ordenó al instante el arreglo de su escuadra para declarar la guerra al rey extranjero.

El príncipe, no obstante, rogó a su padre y señor desistiese de su empeño, manifestándole quería intentar una vez más llevar amigablemente sus pretensiones, agregando, que si no las lograba, él mismo tomaría cruel venganza por los insultos y afrenta recibidos.

Ordenó, pues, la construcción de un yate de recreo, y era tan precioso, bello, y esbelto y esplendente como nunca se había visto en mar alguno. Y así en la borda aparecían esculpidos y maravillosamente tallados ciervos, leones y dragones de plata. La proa y la popa estaban cuajadas de puro y finísimo oro, y las velas, de seda púrpura, blancas y encarnadas y de un color pálido rosa, aparecían esparcidas en admirable profusión y vistosa mezcrolanza.

Estaba el buque tripulado por los marineros más guapos y expertos del país, y con él envió nuevos mensajeros el príncipe con cartas para el rey de Inglaterra y su desdeñosa hija, en las que pedía la mano de la princesa, suplicando y reiterando a ésta aceptase el barco como regalo de novios.

Raudo y veloz, como en alas del viento, zarpó el barco de las costas danesas, y llegando pronto a las nebulosas de Inglaterra, ancló muy cerca de donde se ostentaba gallardo el palacio del poderoso soberano inglés. Fué general y unánime la admiración sentida por barco tan majestuoso y soberbio.

Desembarcaron los heraldos y mensajeros y entregaron las cartas del príncipe al rey, el cual no dejó de insistir cerca de la princesa

para que contestase con la corrección debida a un pretendiente que con tales auspicios de verdadera humildad y esplendidez se presentaba.

Manifestó la princesa al rey que lo meditaría bien hasta el día siguiente. Sin embargo, entrada que fué la noche, dió orden a los servidores de palacio de echar el barco a pique, e hizo saber a los mensajeros que regresaran a su país como pudiesen y supiesen, diciéndoles al propio tiempo que, antes de ser la esposa de príncipe tan audaz y exigente, estaba dispuesta a vivir de limosna, que era lo que suponía habría de acaecerle si se casaba con príncipe tan indigente y fatuo como el danés.

Llegaron a Dinamarca los mensajeros con contestación tan desdeñosa, altiva y descarada y con la noticia de haber sido echado a pique el barco regio con sus aparejos y bordas de oro y velámenes de seda.

Al conocer el monarca danés noticias tan desagradables y ofensivas pretendió ponerse en camino en el acto para vengar personalmente la afrenta. Mas hablóle el príncipe de tal manera, que, convenciéndole, desistió del viaje, si bien juró aquél que haría sentir a la princesa sus agravios para que se arrepintiese de su conducta y de sus desusados y torpes extravíos.

Salió, en efecto, de su patria, y llegó de incógnito a Inglaterra, en donde se procuró un traje viejo de tela de la peor calidad, deteriorado y sucio, un sombrero más viejo todavía y unos zuecos toscos, y se ennegreció a la vez el rostro de tal manera, que no parecía sino un mendigo de la más baja estirpe y de la peor calidad.

Provisto de un garrote y con un saco al hombro, llegó al palacio del rey. Tenía la mansión real no poca extensión e innumerables edificios, que tomaban distintas direcciones. Buscó el príncipe las caballerizas, en las que principió a conversar con el que las cuidaba, y manifestóle que, por estar enfermo, le rogaba le diese un poco de pan y le indicase allí sitio donde poder descansar de las fatigas de su viaje.

A la mañana siguiente, Miguel, que así se llamaba el falso mendigo, manifestó al caballerizo que, puesto que le había tratado tan bien, le ayudaría a dar de beber al ganado, accediendo a ello gustoso el caballerizo. Sacó entonces Miguel de su bolso un huso de oro y condujo con él a los animales. Pero como caía el abrevadero precisamente al pie de la ventana de la princesa, y ésta, ya levantada, miraba muy atenta cómo eran conducidos al agua los caballos, llamóle la atención aquel huso de oro tan bonito y que tanto brillaba a los reflejos del sol, y entráronle vivísimos deseos de poseer el objeto.

Mandó a una de sus doncellas a que preguntase al mendigo si quería venderlo, pues que deseaba comprarlo.

—Muy bien —contestó Miguel—. Si quiere el huso la princesa ha de venir ella misma a que formalicemos el trato y para decidir sobre el precio que haya de darse al huso.

No agradó mucho a aquélla contestación tan irrespetuosa y extravagante. Pero, avivado su deseo por la adquisición del precioso objeto, permitió al pordiosero subiera la escalera para que, esperándola frente a la puerta de sus habitaciones, llevasen a efecto el contrato.

—No pretendo —le dijo Miguel— dinero alguno. La princesa puede conseguir su capricho con sólo dejarme dormir esta noche en el zaguán del palacio.

—¡Ca! De ninguna manera —exclamó la princesa—. Ni pensarlo siquiera.





—Bien, bien —repuso Miguel —; no hay más que hablar entonces. Me quedo con mi buso, y asunto concluido.

La princesa, que había visto y admirado de cerca el precioso huso y no sabía prescindir de sus caprichos, pidió en voz baja parecer a sus doncellas respecto a la condescendencia que pudiera tener sobre las pretensiones del mendigo. Le contestaron que eso no tenía nada de particular, que era cosa sin importancia, y, puesto que no existía otro medio factible para conseguir el huso, podía fácilmente acceder a lo pretendido.

—Nosotras —dijeron— nos quedaremos toda la noche con vuestra alteza, y así podréis dormir confiada y tranquila.

Convinieron en ello, y a la hora de acostarse llegó Miguel y se acostó en el sitio preciso que él mismo había elegido. Las doncellas se quedaron vigilando. Miguel durmió a pierna suelta, y, ya de madrugada, marchóse a sus quehaceres sin hacer el menor ruido.

Aquel día ayudó también a abreviar a los animales. Gritaba cual acostumbra hacerlo el gañán más ineducado y rudo, y la princesa quiso ver de nuevo la cara sucia, repulsiva y antipática del hombre impertinente que tanto miedo le había producido la noche anterior.

¿Qué llevaba ahora éste para la conducción del ganado? Unas devanaderas de oro primorosas, a las que daba vueltas sin cesar, produciendo cambiantes bellísimos de luz irisada. Parecióle bien a la princesa que debía hacer suyas las devanaderas y mandó recado a Miguel de que deseaba comprarlas.

—Bien —contestó éste—. Más con la condición de que con la misma princesa he de entenderme para convenir el precio.

Se le permitió subir y hablar con la princesa en el corredor de la vez anterior. Ofrecióle aquélla mucho dinero, que no lo aceptó Miguel, consintiendo en venderle el objeto sólo mediante el requisito de que se le dejara dormir, no ya en el zaguán, sino en uno de los salones del palacio.

—¡Por Dios! ¡Qué disparate! —dijo la princesa.— Por nada del mundo consentiría en ello.

A cuyas palabras intentó Miguel, sin replicar nada, marcharse, empezando entonces la princesa a hablar musitando con las doncellas.

Fué por éstas advertida de que si quería obtener las devanaderas no tenía más remedio que hacer lo que hizo cuando la adquisición del huso.

—¿Qué puede —dijeron— suceder porque duerma en uno de los salones?

Ellas, por su parte, vigilarían para que la princesa no tuviese nada que temer.

Se conformó la princesa con tal parecer, y llegada la noche fué Miguel, callandito y descalzo, con los zuecos en una mano y las devanaderas en otra, y las entregó a las doncellas para satisfacción de la princesa.

Tan pronto como llegó acostóse en el sitio indicado.

Muy de mañana se levantó Miguel, tomó sus zuecos y bajó sin ruido la escalera. La princesa parecía contenta por haberle salido todo a pedir de boca y, entusiasmada por la posesión de objetos tan preciosos y a tan poca costa, acabó por reírse del pobre mendigo. Sintió nuevamente escandalizar a éste en la calle con los animales.

¿Qué llevaba ahora para conducirlos? Era cosa de enterarse. ¡Ah! Esta vez llevaba una preciosidad: una lanzadera riquísima, también de oro, que pertenecía a los adminículos de los otros dos objetos, y la princesa se afirmó en la idea de que tenía que hacer suyo tan suntuoso objeto. De esta misma opinión participaron las doncellas, y bajó al momento una de ellas para rogar a Miguel vendiese la lanzadera por el precio que quisiera.

—Bien. Déjame hablar con la princesa, porque de lo contrario no vendo el objeto.

Se le permitió subir y penetrar en la misma habitación, puesto que, después de todo, ya había cobrado cierta confianza.

—Bueno, Miguelito —dijole ésta con voz acariciadora— ¿Qué dinero quieres por la lanzadera? Te ofrezco cien duros, y supongo quedarás contento.

—No —le contestó—. No se vende por dinero. Si la queréis obtener, habéis de dejarme dormir esta noche en el salón del trono.

—Creo que has perdido el juicio —repuso la princesa—. Eso, jamás. Si te parece bien, te daré doscientos duros, y me figuro que está de ese modo más que suficientemente pagada la lanzadera.

—No —replicó Miguel—. No es cuestión de dinero. Si la princesa quiere el objeto habrá de consentir en lo que exijo, y si no, me la quedo y me voy, pues que no soy yo quien quiere venderla, sino vos adquirirla.

Miraba perpleja la princesa a sus doncellas y éstas a aquélla del mismo modo, sin saber qué determinación adoptar, hasta que le dijeron:

—Nos sentaremos al lado de la puerta del salón y vigilaremos sin cesar un instante. De suerte que no tiene la princesa por qué pensar más en ello.

Acordaron en que llegaría tarde Miguel o ya bien entrada la noche; en que se marcharía temprano, como la última vez, y con esa condición le sería permitido acostarse en el suelo en el sitio convenido, si bien no dejaron de comprender y de comentar que de todos modos era una imprudencia insólita venirse Miguel con pretensiones tan absurdas e irrespetuosas.

Cumplió el mendigo su palabra en llegar tarde. Y así fué que cuando la servidumbre de palacio se hubo acostado, lentamente llegó Miguel por las escaleras con los zuecos en la mano. Sin ruido alguno entró en el salón y se acostó sigilosamente.

Las doncellas, sentadas y formando un estrecho círculo alrededor de la puerta del salón del trono, tenían miedo a dormirse, y para evitarlo se proveyeron de dos velas gruesas para tenerlas encendidas durante la noche entre las manos. La princesa tenía también

bastante sueño, y como no oyese ruido alguno desde su alcoba, se tranquilizó un tanto, cerró los ojos y durmió con sueño reparador y profundo. Poco después, rendidas de sueño y de cansancio, las doncellas, recostándose en sus sillas respectivas, acabaron por dormirse también como piedras, y se les cayeron las velas de las manos sin notarlo siquiera.

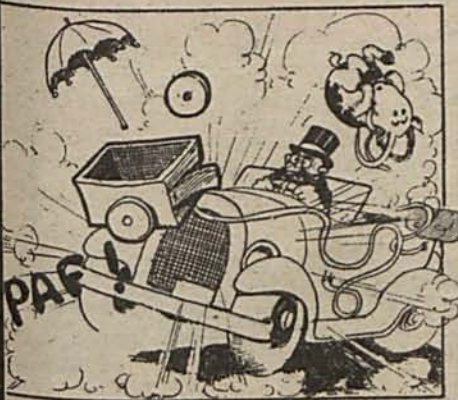
Amaneció y llegó el mediodía sin que nadie diera aún señales de vida en el dormitorio de la princesa, por lo que el rey, acostumbrado a que su hija se levantase antes que él y fuera a saludarle y besarle cariñoso, y viendo que ese día no sucedió lo propio, extrañóse de ello y subió a las habitaciones de aquélla.

(Concluirá en el número próximo.)

De todos mis triunfos sobre el malvado CHAPETE, ninguno me gustó más que el que se cuenta en el tomo 37 de mis aventuras: PINOCHO SE HACE PELÍCANO. Leedlo y lo comprenderéis, además de divertirlos más que nunca.

PINOCHO

POTIPÁN Y CAÑAMÓN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.





COLORÍN Y SU PANDILLA



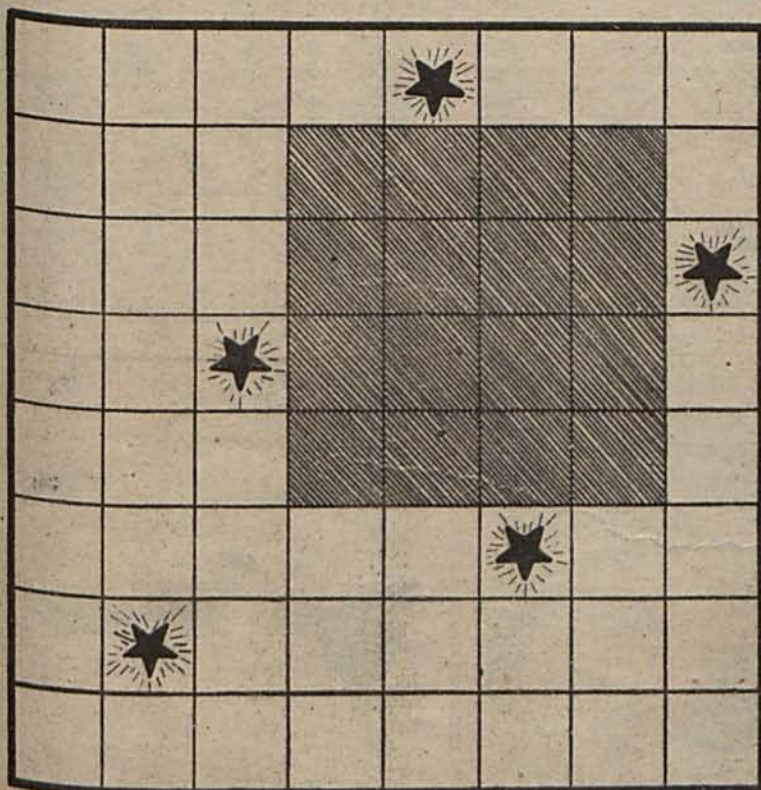
CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

LOS NÁUFRAGOS



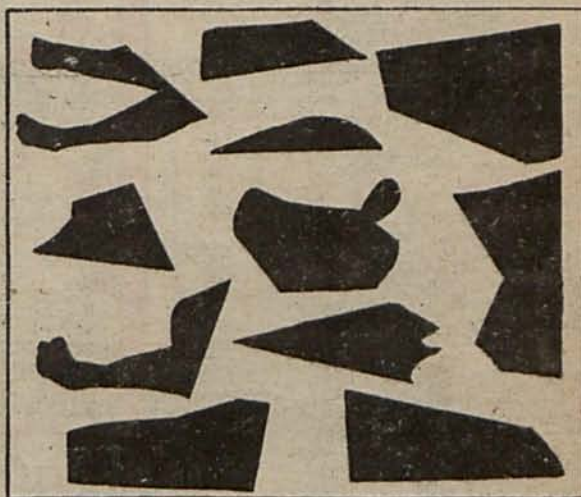
Pues señor: Érase un barco de recreo en el que iban, entre otros pasajeros, estos tres sabios que aquí veis. El barco naufragó y los tres sabios, unidos por el destino, se metieron dentro de media boya, no encontrando otra embarcación mejor, y se abandonaron a merced de las olas. En el momento de hallarlos nosotros su situación no puede ser más crítica. Por un lado les acecha un enorme pez que se ha bebido una botella de vino y está borracho y por otro un formidable tiburón. Por si esto fuera poco, hay ocultos dos enormes peces. Estos y otro naufrago son las tres «cosas» que teneis que hallar en este dibujo.

EL CUADRADO Y LAS ESTRELLAS



He aquí un problema de los que os gustan. Como veis, hay dibujado un cuadrado de 16 cuadritos dentro de otro, formado por 64 cuadritos y diseminadas alrededor del cuadrado pequeño cinco estrellas. La solución consiste en lo siguiente: Agrandar el cuadrado de 16 cuadritos hasta convertirlo en uno de 32, siempre dentro del grande, pero sin que toque a las estrellas, para lo cual éstas se colocarán en cierto sitio, pero dentro también del cuadro grande.

ROMPECABEZAS



Con estas piezas construir un animal muy conocido.

CUPON DE SOLUCIONES DEL MES DE SETIEMBRE

ENVIO DEL PINOCHISTA.

D.

calle de

núm.

Pueblo

Provincia



TRISTÀN EL PILOTO



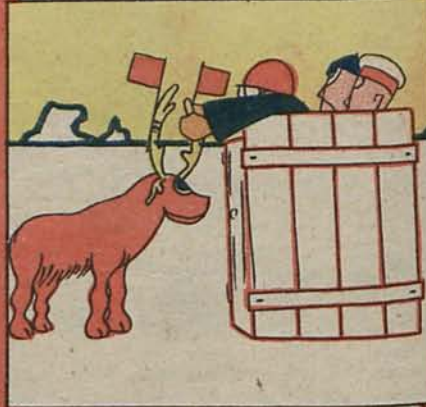
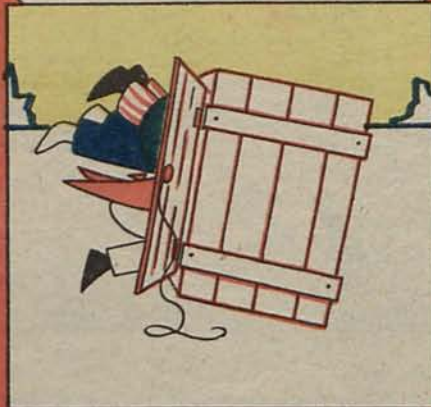
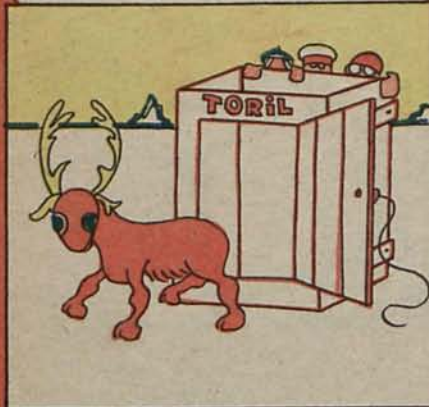
PLAZA DE TOROS
DEL
= POLO NORTE =
HOY GRAN CORRIDA DE TOROS
EN LA QUE SE LIDIARÁ UN BRAVÍSIMO REMO
POR LAS VALIENTES CUADRILLAS DE
TRISTÀN **EL INVENCIBLE**
ZUCAÍN **EL TREMENDO**
Y
PEÓN **EL TERRORÍFICO**
NUEVOS EN ESTA PLAZA
(SE PROHIBE TIRAR OBJETOS
AL RUEDO)



EL DÍA DEL SANTO DE TRISTÀN ORGANIZARON UNA ESTUPENDA CORRIDA DE TOROS

LOS TRES ESPADAS RIVALIZARON EN ARTE Y VALOR AL HACER EL PASEO

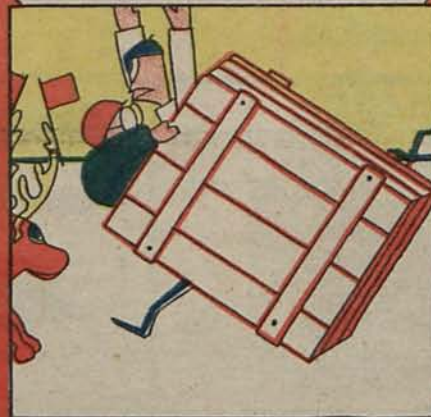
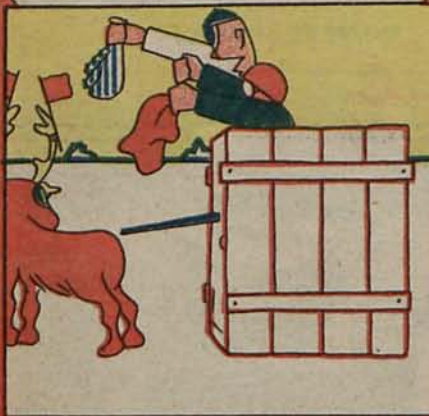
Y CON ARROJO NUNCA VISTO, ABRIERON LA PUERTA DEL CHIQUERO



EN SEGUIDA SALIÓ AL RUEDO UN REMO MÁS INOFENSIVO QUE UN PLATO DE MATILLAS

PERO AL VER LOS TOREROS AQUELLOS CUERNOS SE METIERON DE CABEZA EN EL TORIL

PEÓN EL TERRORÍFICO PUSO UN ESCALOFRIANTE PAR DE BANDERILLAS EN TODO LO ALTO



Y CUANDO TRISTÀN CON SU CLÁSICO ESTILO SE PERFILABA PARA ENTRAR A MATAR

SE TORCIÓ EL TORIL Y SE VIÓ ABAJO CON TODAS LAS CUADRILLAS DENTRO.

EL HORROR EL TERROR Y EL FUROR SE APODERARON DE AQUELLOS VALIENTES



LOS TROMPICONES QUE ELLOS MISMOS SE DIERON LOS DEJARON ALGO TURULATOS

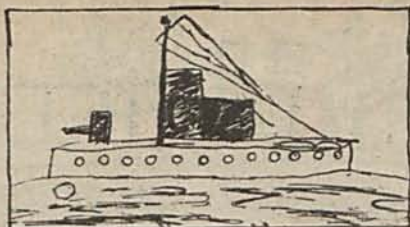
Y EL QUE MÁS Y EL QUE MENOS SE CREYÓ MUERTO PARA SIEMPRE, PERO.....

UN GUASÓN GRITÓ: ¡QUE VIENE OTRA VEZ EL TORO! Y RESUCITARON A ESCAPE.

COLABORACION PINOCHISTA



Una calle de Madrid.
PEDRO SANGRO.
Madrid.



Un submarino.
E. GONZÁLEZ.
Madrid.



Chapete.
PUCHI ARANGU-
REN.—Madrid.



Escenas del Far-West.
E. MATEO.
Valladolid.



Un pollobien.
AURORITA
FERNÁNDEZ.
Jaén.



Aquí están mis personajes favoritos y su autora.
ISABEL PÉREZ.
Ceuta.



Mi amigo el Tararas.
ALFONSO PÉREZ y PÉ-
REZ.



Cabeza compuesta con ele-
mentos varios.
MANUEL LAGARETA.
Méjico.



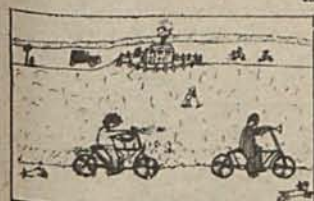
Paulino Uzcudun.
NICOLÁS MENÉNDEZ.
Madrid.



Pinocho, prestidigi-
tador.
CARLOS Y.
Buenos Aires.



Modo de pasar
el verano.
G. CORFALO.
Mahón.



En las carreras.
RAFAEL MARTÍNEZ.
Nueve años.



Noguera, del «Va-
lencia F. C.»
JOSÉ ANDREU.



Un compañe-
ro de Currin-
che.
CARMEN DEL
BUSTO.



Anita, buen cora-
zón.
CARMEN BELLO.
Madrid.



El niño de Coco-
pah.
RICARDO MARTÍN.
San Sebastián.



Italia, cero contra España, uno.
JOSÉ GONZÁLEZ.
Guantánamo.



Noche de Reyes.
ISABEL M.ª LUBIÁN.
Segovia.

La princesa triste.

Había una vez una princesa muy buena que se llamaba Rosita. Todos la querían mucho; pero ella estaba muy triste.

En su casa no sabían por qué era esa tristeza y llamaron a todos los doctores del país; pero ninguno pudo saberlo. Sólo lo sabía una vieja, y como se enteró que daban mucho dinero, se fué al palacio y dijo que esa tristeza se le curaría si un príncipe lograba bajar a un pozo y sacar una sortija que se le había caído a un mago.

Entonces quedaron los reyes muy afligidos y pusieron edictos por todos los pueblos anunciando que darian la mano de su hija al que lograra curarla.

Hubo entre todos un príncipe que quería a la princesa y se fué a probar suerte, y fué tan afortunado que sacó el anillo, se lo puso a la princesa y ésta se curó.

Entonces se casaron y vivieron muy felices, y

Demochín, demochín,
este cuento dió su fin.

MARÍA TERESA CERNUDA.
Trece años.



Una iglesia.
ANGEL SOLANA.
Once años. Madrid.



Antiguo caballero.
MANUEL NIETO.
Madrid.



Un niño bien.
ANITA CABA-
LLERO.—León.

El perro héroe.

Estos eran un niño y una niña llamados Manolo y Zenaida.

La madre se les había muerto; así que sólo tenían padre, que todos los días iba por leña. Un día que Manolo tenía ya ocho años, le dijo a su padre: «Papá, ¿quieres que vaya yo por leña?», y el padre le dejó.

Cuando estaba en el bosque oyó unos ladridos y vió aparecer un perro lobo por entre los matorrales. El niño, como vió que le seguía, le llevó a su casa, pues tenía buen corazón. El padre, que también tenía buen corazón, le dejó entrar, y se quedaron con él.

Un día que la niña se quedó sola, pues padre y hermano se habían ido, vió que se retrasaban y salió a su encuentro; pero vió un terrible oso que venía hacia ella. El perro, al ver el peligro de la niña, se abalanzó sobre el oso, sosteniendo una lucha hasta que vino el padre y lo mató.

Desde entonces querían mucho al perro.

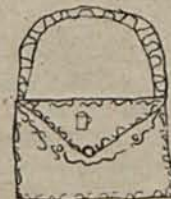
Un día pasó el rey, y resultó ser suyo. Y entonces los llevó a palacio por haber cuidado a Dolly, que así se llamaba el perro.

MANOLO ROBLES.
Diez años. Madrid.

Cuento.

María tenía un perrito llamado Pepe. Siempre María se levantaba temprano, lavaba su perro y se iba a trabajar, hasta que un día la abuelita se quedó sin un centavo y le dijo a su nieta que se fuera por el mundo. Entonces la niña, por su pobreza, se quedó muy triste, se largó por ahí con su perro, y cierto día, la niña encontró una cartera que tenía mucho dinero. Y la niña corrió a la comisaría y entregó el dinero al comisario. En ese momento entraba el dueño de aquel dinero, y enterado de la honradez, le hizo un regalo a María, la que ya no tuvo que trabajar.

FRANCISCO JOSÉ SILVA ESCUDERO.
Diez años. Montevideo.



La cartera de mi pri-
ma.
RUTH M. B.
Buenos Aires.

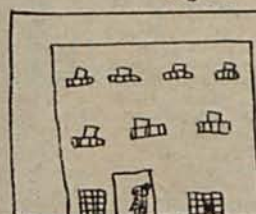


Retrato antiguo.
ASUNCIÓN ARAGO-
NÉS.



Potipán y Canamón.
NICOLÁS MENÉNDEZ.

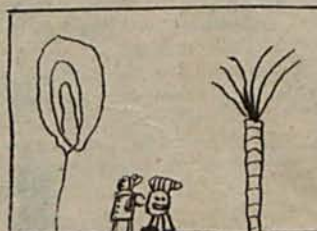
HISTORIETA



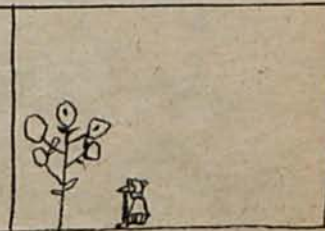
Pirula salió muy ufana
un día por la mañana.



Estrenando el traje
que admiraba Pinochito.

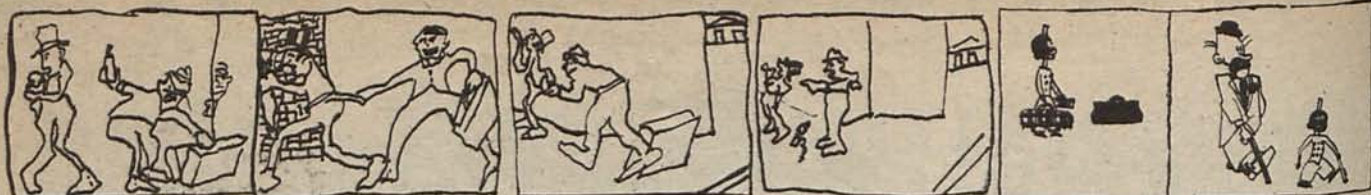


En esto llega Chapete
y la roba en un periquete.



Mas Pinocho que lo vió
fué hacia ella y la salvó.
LOLITA MORALES.—Valencia.

HISTORIETAS



Mire, mire, caballero, mire por poco dinero.

Es un agua de Melisa, que al beberla causa risa.

Veremos a ver qué tal; esto sólo cuesta un real.

Ja, ja, ja, pues es verdad; reviento de hilaridad.
DEMETRIO VALDÉS.
Panamá.

Currinche, moreno que hace a los niños [reír], ha tenido que venir al gran pueblo madrileño.

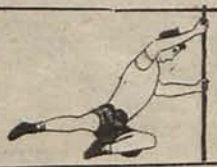
Acompaña a Turulato en las líneas de PINOCHO, y por poco no me troncho al verlos pasar el rato.
ALVARO COBIAN.
Catorce años. Poble.

DIBUJOS



Una familia numerosa.

JUANA LUISA CARO.
Tortosa.

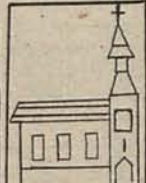


Salto de pèrtiga.

por TONY.



Ermita de San Antonio.
ANITA PÉREZ.
Almería.



Una iglesia.
ERNESTO SAMPE-
DRO.—9 años.



Pinocho.
AURORA CA-
RRANCO.
Once años.
Barcelona.

CHISTES



—¿Qué me da usted por ese efecto?
—¿Por cuál?
—Por el que le produce esta bofetada.
JOSÉ GONZÁLEZ.—Once años.



—¿En qué se parece el secretario del marqués Halifax a un auto?
—En que es «Ox-fort».
M. C.—Málaga.



—¿Quién fue el primer poblador de España?
—¿...?
—¡Tharxis!
—Señor maestro, ¿había entonces autos?
EDUARDO CUERDA.—Sevilla.



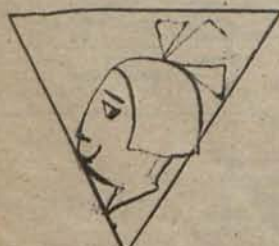
El colmo de un cie-
go es vivir en la calle
de Buenavista.

LUIS ZAPATABA.

Madrid.



Mañicas:
Como está la noche
oscura
y no me traigo farol,
cuando sientas un
[rebuzno,
el que rebuzna soy
yo]
CARLOS FRÍAS.
El Bonillo (Alba-
cete).



Es Pinocho gallardo y buen mozo
y Pirulo la reina más fiel.
Nos encantan los dos con sus risas,
con sus trajes, su gorra y su piel.
CARMEN GARCÍA.—Trece años.

El primer milagro.

Caía la negra noche y a compás la nieve blanca. Caminito de Belén una caravana pasa. ¿Qué es aquello que reluce que desde lejos se ve? Es la estrella de los Magos, que los conduce a Belén. Sale una niña a su paso, cual la nieve candorosa, y al ver a los Reyes Magos su alma de ilusión se arroba.
—¿Dónde vais con este frío y con noche tan cruel?
—Vamos a adorar al Niño que dicen nació en Belén.

—Yo también quiero ir a verle. Dicen que muy bello es. Llevadme, queridos Reyes, que muy contenta estaré.
Llegan a Belén los Reyes, en fastuosa procesión, y sale a verlos la gente, llena de gran ilusión.

Al Niño ofrecen los Reyes regios presentes con fe. El oro, incienso y la mirra muy dignos son de ofrecer. La niña quedose triste. ¡No tiene qué regalar! Es tan pobre como bella; su pobreza hace llorar. El tierno Infante, en su cuna, conmovido la miró. Sus miradas se fundieron y el gran milagro se obró.

Poco a poco se transforma. Hojas de rojo color se ha vuelto el cuerpo gentil, y el alma bella en olor. El milagro ya está hecho, y en la cuna floreció la rosa, que era la niña, que a Dios cuerpo y alma dió.

ROSARIO CASTAÑOS TOMÁS.
Diez años. Córdoba.

La semilla buena.

Había cierta vez un hombre llamado Antonio, el cual había hecho un viaje al extranjero, y regresó sin otras riquezas que unas semillas.

El decía que eran preciosas y que habían de hacer su fortuna. Fué a casa de su hermano, y no lo quiso creer. Buscando otros parientes encontró uno que le cedió un poco de tierra. Con gran alegría plantó la semilla.

Cuando pasaron unos días, vieron con sorpresa que crecían unas plantas extrañas, que eran crisantemos muy raros, y que en las grandes capitales se vendían a precios fabulosos. Antonio llevó sus crisantemos a las capitales, donde llamaron mucho la atención.

Con este comercio obtuvo mucho dinero; cada día acudía más gente a comprarle la semilla de la preciosa planta. De tal modo ganó tanto dinero, que pudo comprar una magnífica casa y muchos automóviles. Sus parientes, y más su hermano, se arrepintieron de no haberle dejado un poco de tierra.

Antonio fué feliz toda su vida, lo mismo que su pariente.

JOAQUÍN VILLAR.
Trece años. Málaga.

El matrimonio pobre.

Era una vez un matrimonio muy pobre, que tenía cinco hijos, y eran muy buenos, muy buenos, y el padre siempre tenía que ir a pedir limosna para darles de comer a sus hijos. Y una vez pasó por una casa, acercóse a la casa y pidió una limosna por amor de Dios; salió una persona de la casa y le dijo:

—Tengo; pero es para mí y para mis hijos.

Entonces, el mendigo se retiró muy triste, y acercóse a otra casa y pidió limosna por amor de Dios; salió una persona y le preguntó qué deseaba; y el mendigo le dijo:

—Una limosna.

La señora se fué para adentro, y vino cargada con siete rebanadas de pan con manteca y se las dió al mendigo, diciendo:

—No tengo más. Dios te dará más.

El mendigo salió de la casa muy contento y se dirigió a su domicilio, dando a sus hijos la limosna, y ellos lo comieron.

Y colorín, colorín, el cuento llegó a su fin.

NYDIA ARCE.
República Argentina.

CHISTES



—¿Cuál es el embudo que hay que llamarlo para comerlo?
—El «sal...chichón».
N. MOLINA.
Catorce años. Madrid.



—¿En qué se parece un enfermo grave a una ermita?
—En que no tiene cura.
MARIA TERESA MARQUÍ.
Logroño.



—¿En qué se parece una embarcación china a un bar sucio?
—En que es un bar-cochino.
FELIX BUSTAMANTE.
Nueve años. Oviedo.



—¿En qué se parece una calle muy alumbrada a un traje de torero?
—En que los dos tienen luces.
JULIO FERNÁNDEZ DE PAZ.
Once años. Madrid.



—¿En qué se parece una señorita a mi papá, que es del somatén?
—En que los dos tienen carabina.
A. LAPANA.
Nueve años. Madrid.



Mi hermanita se parece a una araña en que siempre está tejendo.
LOLITA RODRÍGUEZ.
7 años. Madrid.

IMPORTANTE

Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
—Ayer me invitaron a cenar, mi querido buho.
—Te felicito. Pero no es eso lo que te pregunto.
—Aguarda. Me invitaron Pinocho y Pirula. Entre los convidados, a más de un servidor, se hallaban Morronguis, Anita, Potipán y Cañamón. Una cena espléndida, querido buho; algo sensacional y magnífico. En el comedor del palacio de Pinocho, abierta la extensa cristalería que da al jardín, se respira alegremente, deliciosamente, por la noche. Estamos en otoño, además, la estación más bella del año, según los artistas. Créeme que el palacio de Pinocho parece construido perfectamente para gozar en él plenamente del otoño. Entraba un aire delicioso por las amplias ventanas. Los cinco candelabros, cada uno de siete brazos, colocados en la mesa (Pinocho no usa de la electricidad por estética, dice él), los siete candelabros...

—Los cinco, has dicho.
—Eso es; los cinco candelabros desviaban sus luces dulcemente, al influjo del aire, de un aire fresco, aromático, que nos llegaba del jardín. Pinocho nos contó una de sus últimas aventuras, interesantísima. Anita estuvo discreta, cándida y sencilla, como siempre. Pirula nos atendía, como la señora de la casa que era, con mimo y afecto insuperables. Morronguis, el pobre, de tanto comer y beber, se durmió como un bendito en las postrimerías de la cena. Fué la única nota descortés —perdonable, desde luego, tratándose de Morronguis. Potipán y Cañamón, en cambio, estuvieron atentísimos hasta el momento de salir. Se habló de todo, de Chapete, el malvado, de los buenos pinochistas asiduos, de las últimas, sensacionales y estupendas reformas de PINOCHO. El héroe de los muñecos, culto, oportuno y cordial, disertó sobre los pinochistas americanos. Habló extensamente de la Argentina, del Uruguay, del Paraguay, de Chile, de Cuba, del Perú, de Venezuela, de Panamá, de Bolivia, de Colombia, de México, de Nicaragua... ¡Qué se yo! Admira su cultura, querido buho. Está enterado de todo. Lo sabe todo.

—¿Y la cena?
—A eso iba. La cena fué estupenda. Comimos faisán.
—¿Faisán?
—Faisán, querido buho.
—Un animal carísimo, ciertamente.
—Y eso es lo que yo quería preguntarte. Desde anoche estoy soñando con ese bicho; no recuerdo haberlo visto nunca; me dió vergüenza demostrar mi ignorancia en la cena. Allí hablaban del faisán, la verdad, como si se tratara de una persona de la familia. Morronguis, sobre todo, parecía que lo había comido diariamente, durante años.

—Morronguis es un farolero.
—No te consentiré que lo ofendas, querido buho. Pero, dime, ¿cómo es el faisán?
—Me extraña mucho que no lo hayas visto nunca. Poco más grande que el gallo, el faisán es un ave hermosísima, de una cola deliciosamente coloreada, larga elegante. La cabeza del faisán es pequeña. Pero el encanto del faisán no se halla en su forma, ya de suyo preciosa, sino en el color de sus plumas.

—No será más bello que el pavo real.
—No lo es, ciertamente. Al pavo real no llega ningún ave.
—¿Y dónde habita el faisán?
—Desde el SE. de Europa se extiende a través del Asia Central hasta el Japón y Formosa.
—Vivirá en los bosques.
—No precisamente en los bosques, querido Chonón.
—Entonces...
—Gusta el faisán de las llanuras y los alcores, en terrenos donde haya, de vez en cuando, grandes manchas de árboles. Durante el día permanecen en el suelo, donde buscan su alimento, consistente

en granos, frutas, gusanos y babosas. Pasan continuamente de uno a otro bosquecillo, pues son los faisanes excesivamente esquivos y asustadizos.

—¿Y dónde pasan la noche?
—En los árboles más corpulentos.
—¿Cantan los faisanes?
—Su voz es un grito bronco, duro, insufrible.
—¿Quien lo diría, con lo bellos que son!
—Advierte que el faisán, no obstante su estupenda apariencia, es un animal muy poco inteligente, más bien torpe.

—¡Pobrecillo!
—Gusta, además, de la soledad. Es muy poco sociable. Sólo durante la época del celo, en la cual riñen los machos como los gallos, se ven parejas de faisanes.

—Menos mal.
—Pero pasado aquel periodo, el macho se aleja de la hembra sin el menor pesar.

—¿Qué ingrato!
—Es la hembra, sólo la hembra, quien ha de ocuparse entonces de la construcción del nido, para el cual busca los más escondidos matorrales.

—¿Y pone muchos huevos?
—De ocho a once huevos, Chonón.
—Serán más grandes que los de gallina.
—No; algo más pequeños y de color verdoso, con manchas oscuras dispuestas en zona.

—Sólo incubaba la faisana, ¿verdad?
—Ella solita. A las tres semanas aparecen los pajaritos, los cuales tardan doce o catorce días en poder volar. Pasan el verano junto a la madre, y al llegar el invierno se dispersan.

—Habrás coto de faisanes, querido buho.
—Muy pocos. Son excesivamente costosos. La dificultad se halla, precisamente, en que las crías son pastos, muchas veces, de los zorros, garduñas y otras alimañas. Por eso se procura hacer aparte, en cautividad, la cría de faisanes.

—Y se cazan para comerlos, ¿no es así?
—¡Naturalmente! Tú lo probastes anoche.
—Y que está muy rico, querido buho.
—Y luego en la compañía que lo comiste.
—Y en el salón del palacio de Pinocho.
—Eres un afortunado, Chonón.
—Le hablé de ti a Pirula, y tiene deseos de que vayas por allí.
—Un día daré un vulecito y la veré.
—Bueno.
—Adiós, Chonón.
—Adiós, buho.

PINOCHO EN LA ISLA DE LOS ANIMALES PINOCHO SE HACE PELÍCANO

Pedid en vuestra librería estos formidables episodios, quizá los mejores de la incomparable y celebradísima SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE. También podéis pedirlos (enviando su importe, 3 ptas., más 0,75 para gastos de envío certificado) escribiendo a la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., Apartado 447, MADRID, que los remite a toda España y América.

CORRESPONDENCIA

Margarita Dahl y José Quiroga y Valdés.—¡Leed mis números anteriores, la correspondencia de la semana pasada, la otra y la otra! En ella veréis —¡oh, mis queridos y desmemoriados Pinochistas!— mis últimas órdenes sobre la colaboración infantil. Por ahora, la verdad, no puedo admitir nada, nada y nada. Día vendrá, sin embargo, en que, agotados los trabajos almacenados, puedan mis suscritores, colaborar ampliamente en mi Revista.

En cuanto a las bellas soluciones de Margarita (¿cuántas veces la renombra Pirula!), quedan en su lugar, aguardando el fallo justiciero del tribunal competente.

Abrazos a los dos, a Margarita y a Pepe —dos Pinochistas desconocidos entre sí—, de Pirula, Anita, Potipán, Cañamón, Morronguis, Ton, Tin, etcétera, etc.

Aurorita Carrasco.—Queridísima Aurorita: Hace ocho meses que tengo que dedicar quince horas diarias a contestar cartas iguales que la tuya. Figúrate cómo estaré de cansado. ¿Pero qué no haré yo por mis queridísimos Pinochistas? Y es que sois tantísimos, y tan listos y activos la mayor parte, que la Redacción de mi Revista es una especie de cordillera formada por montañas de dibujos, de cuentos, de historietas, de chistes que me mandáis para que se publiquen. ¿Qué más quisiera yo que publicarlos todos a la vez? Pero ésta es la única empresa en que ha fallado mi habilidad y mi ingenio. He derrotado a Chapete mil veces y espero derrotarle muchas más a pesar de que es más listo que Cardona. Pues todas esas luchas, además de las que he mantenido con

los elementos de la tierra, del aire y del mar, son un grano de anís comparado con este combate entre la cantidad de colaboración Pinochista y el espacio disponible en estas páginas. Como de todos mis deseos el más grande e irresistible es el de complacer a mis Pinochistas preferidos, no supe contener la tentación de escribir las palabras a que te refieres, aun sin estar seguro de poderlas cumplir; porque no me hubiera sido posible —aun dedicando a ello otros ocho meses a quince horas diarias— buscar tus trabajos en la cordillera de montañas antes referida. Ya va disminuyendo por la determinación —forzosa— que hace poco tomé de no admitir nueva colaboración hasta que se haya publicado la recibida. Por consiguiente, si tus dibujos no se perdieron en el camino, no dudes de que se publicarán. Quizás hasta se hayan publicado antes de ver la luz estas líneas. Respecto del cupón de colaboración, lo publicaré en cuanto la repetida cordillera desaparezca. Antes, ¿para qué? Sería en vuestro propio perjuicio.

Mercedes Rey.—Ya me había dado cuenta, queridísima Mercedes, del error cometido por la imprenta poniendo en tu *Fantasías* del número 72 Mercedes Río en vez de Mercedes Rey. Y no puedes imaginarte el disgusto que tuve al ver esa errata, cometida precisamente en el nombre de una Pinochista tan notable y tan querida como tú. Pero cuando la advertí ya era tarde para remediarla. Ya verías, además, que en tus preciosos versos del mismo número, *Mi muñeca*, tu nombre estaba bien, y eso me consoló un poco. No dudes nunca de que mi cariño por ti es siempre grandísimo, y que mi mayor alegría es darte gusto.

LOS REGALOS DE OCTUBRE

Sorteados los regalos de PINOCHO del mes de octubre, han correspondido a los siguientes suscritores:

- Primer premio.** . . . 25 pesetas en dinero, a D. Rafael de Chopitea.—Barcelona.
Segundo premio. . . 15 pesetas en libros, a D. Hernán Pereyra Iraola.—Buenos Aires.
Tercer premio. . . . 10 pesetas en libros, a la Srta. Mercedes Fernández.—Madrid.
Cuarto premio. . . . 5 pesetas en libros, a D. Nicolás Gamboa.—Bogotá.
Quinto premio. . . . 3 pesetas en libros, a D. César de la Vega Carriles.—Santander.

En estos sorteos entran todos los suscritores por un año, un semestre o un trimestre. Los números premiados corresponden a los de sus recibos de suscripción.

Para retirar los premios será necesario escribir a PINOCHO (Apartado 447.—Madrid), indicando el número del recibo de suscripción, la dirección completa del PINOCHISTA premiado e incluir un retrato del mismo, que se publicará en uno de los números subsiguientes de PINOCHO. El retrato debe ser suficientemente grande y claro para que se pueda reproducir bien. No se admiten, por tanto, retratos borrosos ni demasiado pequeños. Tampoco se admiten retratos en los que el Pinochista premiado esté con otras personas.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
 - Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
 - Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
 - Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. Desde ahora sólo podrán tomar parte en estos concursos los suscritores por año, por semestre o por trimestre.
 - Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. Desde ahora sólo los suscritores podrán enviar chistes, dibujos, cuentos, etc., para que se publiquen en PINOCHO.
- Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten **en el momento de hacer su suscripción**. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

- Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

TAPAS PARA ENCUADERNAR «PINOCHO»



	PRECIO
TOMO I.—Febrero-Julio, 1925.....	5 pesetas.
Para los suscritores	3 »
TOMO II.—Agosto-Diciembre, 1925.....	5 »
Para los suscritores	3 »
TOMO III.—Enero-Junio, 1926.....	5 »
Para los suscritores	3 »
TOMO IV.—Julio-Diciembre, 1926.....	5 »
Para los suscritores	3 »

BOLETIN DE SUSCRICION A «PINOCHO»

El Pinochista D. _____

calle de _____ núm. _____ Pueblo _____
 _____ Provincia _____, se suscribe a

PINOCHO por (1) $\left\{ \begin{array}{l} \text{UN AÑO.....} \\ \text{UN SEMESTRE...} \\ \text{UN TRIMESTRE..} \end{array} \right\}$ cuyo importe de $\left\{ \begin{array}{l} \text{veinte pesetas (ó 23 pesetas) (2).} \\ \text{diez pesetas (ó 12 pesetas)} \\ \text{cinco pesetas (ó 6 pesetas)} \end{array} \right\}$ remite a la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28 (3), en (4) _____ También remite 1,50 pesetas (5) para gastos de envío, etc., de los regalos de suscriptor. En total remite _____ pesetas.
 (Fecha y firma.)

(1) Bórrase lo que no convenga.

(2) Los suscritores pueden recibir todos los números de su suscripción certificados, añadiendo tres pesetas al precio de suscripción por un año, o sea en total: 23 pesetas; dos al precio de semestre, o sea en total 12 pesetas, y una al precio de trimestre, o sea en total 6 pesetas.

(3) Para tener derecho a los regalos de suscriptor, hay que pagar la suscripción a la Administración **directamente**, o sea sin intermediarios.

(4) Giro Postal, valores declarados, cheque, sellos, etc. (Certifíquense las cartas con valores). Cuando sea Giro Postal indique: quién y dónde lo ha impuesto.

(5) Este envío es facultativo. Quien no quiera los regalos no debe enviar esta cantidad de 1,50 pesetas, y debe tachar las palabras correspondientes.

YA HAY EJEMPLARES

de los tomos siguientes de la imponderable **Serie Pinocho contra Chapete** (el mayor éxito editorial conocido), que estaban agotados:

- Pinocho en la isla desierta.**
- Pinocho, detective.**
- El falso Pinocho.**
- El triunfo de Pinocho.**
- Chapete, invisible.**
- Pinocho hace justicia.**

CADA TOMO 1,50 PESETAS

En todas las librerías y en Editorial «Saturnino Calleja», S. A.—Apartado 447-Madrid, que los remite a toda España y América con solo pedirlos con su importe. Añádase al mismo 75 céntimos para gastos de envío certificado.

SE HAN PUESTO A LA VENTA

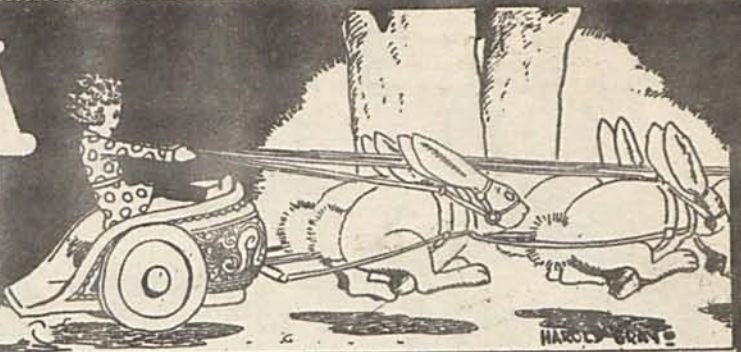
los siguientes tomos de la famosísima **Serie Pinocho contra Chapete**.

(El mayor éxito editorial conocido.)

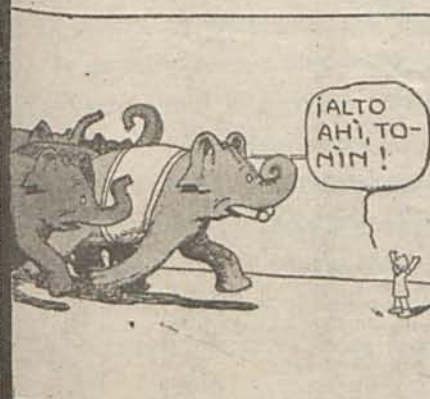
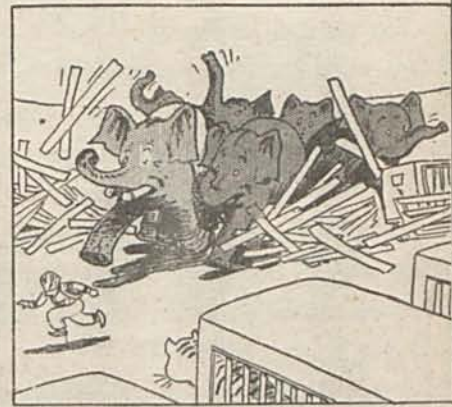
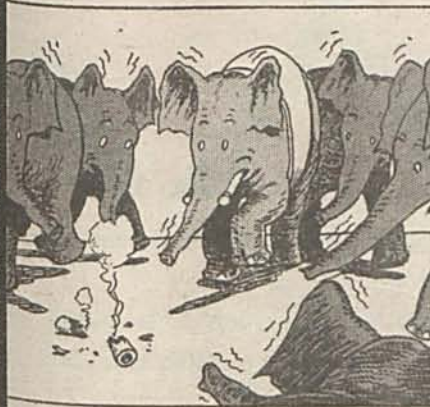
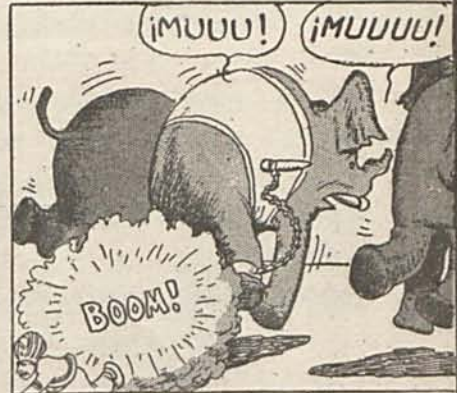
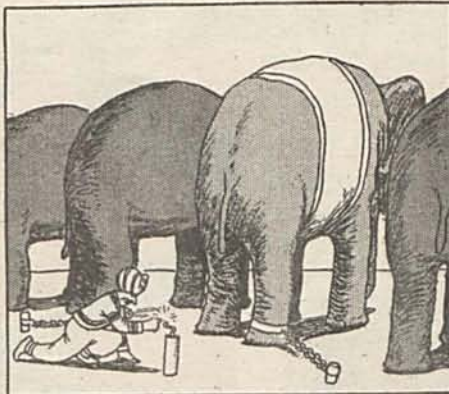
- Núm. 31.—Chapete en guerra con el país de la fantasía.
 » 32.—Pinocho se convierte en bruja.
 » 33.—Pinocho caza un león.
 » 34.—Viaje de Pinocho al centro de la Tierra.
 » 35.—Pinocho y los tres pelos del mago Filomén.
 » 36.—Chapete en la isla de los animales.
 » 37.—Pinocho se hace pelicano.

ANITA

BUEN-CORAZON



¡A MI ME HAN ECHADO DEL CIRCO PERO YO VOY AHORA A VENIGARME ASUSTANDO A TODOS LOS ELEFANTES! ¡ASÍ APRENDERÁ ESE EMPRESARIO A NO DESPEDIR A NADIE SIN MOTIVO!





SECCIÓN PIRULA

CONSEJOS DE PIRULA

Rosas en invierno.—¿Habéis no-

tado qué absurdas parecen muchas cosas? Por ejemplo, en invierno, cuando más anhelamos el calor, encontramos hielo a cada paso; en cambio, en verano, cuando solamente deseamos cosas heladas, no nos lo podemos proporcionar más que con dificultad, fabricado artificialmente.

Así también, cuando estamos alegres, todo se nos vuelve reírnos; en cambio, cuando estamos tristes, y más falta nos hace la risa, sólo se nos ocurre llorar.

¡Qué cosas! ¿Verdad?

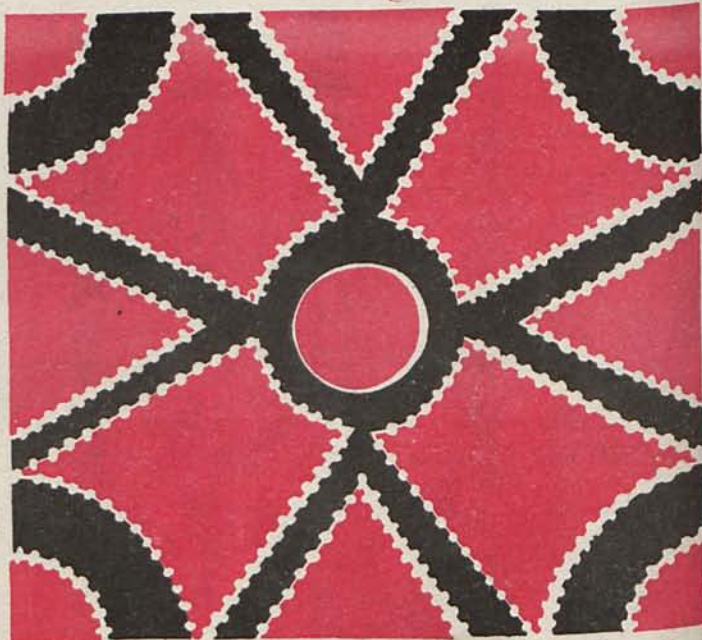
¿Pues y las flores? En la alegría luminosa del verano, tenemos el jardín de la casita de campo lleno de rosas; y en la desagradable hostilidad del invierno, cuando tan apetecible es el adorno de flores, nos cuesta carísimo proporcionarnos algunas para embellecer y alegrar las habitaciones.

¿Verdad que sería agradable poder conservar, guardados para el invierno, unos rayitos del sol veraniego? ¿O, para refrescarnos en verano, un poco del aire helado que sopla en Enero?

Lo que sí puede hacerse —según me han contado— es conservar, frescas y lozanas, las rosas durante varios meses. El sistema que hay que emplear es facilísimo, por lo menos para los que veranean en una casa de campo con jardín florido: Se baja al jardín con un cacharro de cobre, en el cual se derriten cien gramos de lacre, de ese de los corchos de las botellas. Se cortan los capullos de rosas, entreabiertos, y en seguida se

sumergen los tallos en el lacre derretido, a una profundidad de tres o cuatro centímetros.

Terminada esta graciosa cosecha, se vuelve a casa y se envuelve completamente cada capullo en papel de



seda; luego se guardan cuidadosamente en un cajón o en una caja bien cerrada.

Llegado el invierno, se desenvuelven las flores, se cortan las puntas de los tallos que están en el lacre y se sumergen las flores en agua tibia.

Conste que esta receta no la he experimentado yo todavía, porque me ha sido facilitada este verano; pero ya tengo mis capullos cuidadosamente guardados, según se indica, y estoy impaciente porque transcurran unos meses para ver el resultado de la experiencia.

Os aconsejo que hagáis otro tanto y me comunicéis luego qué tal os ha salido.

Almohadones.—Con recortes, al parecer inservibles, de telas en matices claros o fuertes, haréis, queridas lectorcitas, el primero de estos almohadones. Estos trozos de tela, recortados en la forma que indica el grabado, se unen con unas puntadas de gruesa seda o algodón perlé, dejando entre unos y otros un tenue espacio, por el cual aparece el fondo oscuro, sobre el que se destacan, en relieve.

Para el segundo almohadón, se utilizan trozos de cintas de diferentes tonos y hasta de diferentes clases: terciopelo, moaré, tafetán o falla. A ser posible, resulta de mejor gusto entonándolo en diferentes matices de un mismo color: por ejemplo, tres cintas violeta oscuro; tres, lila fuerte, y dos, malva pálido. O tres, marrón; tres, canela, y dos, beige, etc., etc....

